

Deletrea «criatura» apoyándote en la «i» — agregó él.  
En ese momento el unicornio pasaba junto a ellos, con las manos en los bolsillos.

—Yo hice cuanto pude — le dijo al rey; después lo miró, siempre sin interrumpir su paseo.

—Poco a poco — repuso el rey algo nervioso —. No pudiste atravesarlo con tu cuerno; lo sabes bien.

—Ningún daño le hubiera hecho — le replicó el unicornio con desdén —. En ese momento sus ojos tropezaron con Alicia. Se detuvo, mirándola con aire de disgusto.

—Qué... es... esto? — preguntó al fin.

—Esto es una niña — respondió Fidel con entusiasmo, y acto seguido se plantó ante Alicia para presentarla, con los brazos extendidos sobre ella en una actitud enteramente anglosajona —. La hemos encontrado hoy.

—Yo creí siempre que *eso* eran monstruos fabulosos — observó el unicornio —. ¿Y está viva?

—Está viva y sabe hablar — contestó Fidel solemnemente.

El unicornio, atemorizado, contempló a Alicia unos momentos.

—A ver, habla — le dijo.

Alicia no pudo reprimir una sonrisa.

—Debes saber — comenzó — que yo también había creído siempre que el unicornio era un monstruo fabuloso. Jamás vi uno vivo.

—Está bien. Ahora que nos hemos visto mutuamente, creerás en mí, y yo creeré en ti. ¿Hacemos ese trato?

—Si te place, hagámoslo.

—¡Vamos, anciano, manda a buscar la torta de manzanas! — añadió el unicornio dirigiéndose al rey —. ¡Nada de pan moreno para mí!

—¡Es verdad, sí, es verdad! — balbucía el rey hacién-

dole señas a Fidel —. ¡Abre el saco! — ordenóle —. ¡Pronto! ¡No, ése no!... ¡Está lleno de fruta!

Fidel extrajo de la alforja un espléndido pastel de manzanas y se lo dió a Alicia para que se lo tuviera; en seguida, de la misma, sacó una bandeja y un cuchillo. Cómo salieron estas cosas, Alicia nunca pudo comprenderlo, y pensó que era como un juego de prestidigitación.

Mientras tanto el león se había aproximado a ellos, con los ojos medio cerrados, parecía cansado y somnoliento.

—¿Qué es esto? — exclamó perezosamente al ver a Alicia; su voz era tan profunda como el tañido de una enorme campana.

—¿Qué es? — repitió el unicornio con viveza —. ¡Nunca lo adivinarías! Tampoco yo pude.

El león, con aire aburrido, contemplaba a Alicia.

—¿Eres un animal?... ¿Un vegetal?... ¿Un mineral?... — preguntábale; y entre palabra y palabra lanzaba espantosos bostezos.

—¡Es un monstruo fabuloso! — replicó el unicornio, sin darle a Alicia tiempo de contestar.

—Bien, monstruo, reparte el pastel — ordenó el león echándose en el suelo, con el hocico entre las patas delanteras —. Y vosotros — añadió dirigiéndose al rey y al unicornio —, sentaos también y jugad limpio con la torta, ¿estamos?

El rey no se hallaba muy cómodo en medio de aquel par de fieras, pero como no había otro lugar, no tuvo más remedio que sentarse allí.

—¡Qué pelea podríamos hacer ahora! — exclamó el unicornio, mientras lanzaba una mirada disimulada a la corona del pobre rey, que casi no se le sostenía en la cabeza, a causa del temblor que sacudía su cuerpo.